



I. LA ENTROPÍA

Recordará el lector que la entropía, o segunda ley de la termodinámica, se refiere a la degradación de la energía física que reduce ésta a desperdicio calorífico. Consideremos la relación de América Latina con esta ley. Estando nosotros situados en la zona tórrida es natural que recibamos una más alta porción de energía solar que la mayor parte del resto del mundo. Esto significa que una mayor parte también, con relación a las otras áreas del mundo, de la energía solar que recibimos se degrada en nuestro continente en calor inútil. Es aquí donde viene a rescatarnos la teoría de las revulsiones de la energía de Vasconcelos. Afirma este filósofo que la entropía es sólo aplicable a la energía física, pero que cuando entra el ciclo vital se redime la energía y, en vez de seguir el orden de degradación propio de la materia, toma una ruta de sublimación que la lleva de lo simple a lo complejo, del quantum electromagnético, al virus, a la conducta imprevisible de la amiba y finalmente a la conciencia humana que es impelida por una chispa divina. Pues bien, ¿quién podrá negar que en la América Tropical esa energía solar que parece desperdiciarse en calor se reengendra en un ciclo biológico más vigoroso, avasallador en su exuberancia? ¿No es la selva tropical una vorágine impenetrable donde las raíces de los árboles se aferran a las rocas mismas y sus troncos compiten en altura para recibir el beso del sol? Insectos, monos, víboras, pájaros y todo cuanto allí está dotado de vida parece un hervidero de energía, que si puede oírse, ensordece y aterra. No sorprende pues que haya sido precisamente en el trópico donde se engendró el ser humano y mucho menos ha de sorprender que sea el hombre del trópico quien esté llamado a impulsar la cultura a lograr su período más elevado, el estético. El hombre del trópico tiene un gozo por la vida jamás superado. Quien haya oído el son jarocho o la cumbia costeña y se haya paseado por las callejuelas de Veracruz, o Campeche o Cartagena de Indias percibe en la brisa un aroma de felicidad que dulcifica el espíritu, aguza los sentidos y lo predispone a contemplar la belleza.

¹⁴ Vasconcelos, *Obras Completas*, Vol. III, *Estudios Indostánicos*, p. 358.

Si bien es cierto, pues, que la naturaleza se confabula con nosotros para ayudarnos a realizar nuestra misión, ésta no llegará a feliz término espontáneamente. Será preciso actuar con plena conciencia de nuestro objetivo, y esta conciencia, ya Vasconcelos lo dijo, no se logrará sino por la educación. Nuestra educación debe orientarse en un sentido estético preparándonos para producir esa cultura que ha de ser una obra de arte.

Para llevar a cabo nuestro cometido, debemos empezar con un acto de fe cuyas bases las provee el mismo Vasconcelos. Mientras la entropía es destructora en el orden físico, su fatalidad no rige ya en el orden del espíritu porque en él siempre es posible detener la caída para ascender; allí lo natural es el ascenso y por mucho que se descienda ya no se vuelve jamás al ciclo inferior; así la partícula de energía que ha llegado a la categoría inmaterial de la imagen ya no retrocede jamás con el fin de constituir un cuerpo material.¹⁵ Estas especulaciones nos llevan pues a la conclusión inevitable de que mientras el mundo de la materia se desintegra para volver a la homogeneidad, el mundo del espíritu crece constantemente hasta alcanzar conciencia de una creación, quizás infinita, pero seguramente eterna; “es decir”, escribe Vasconcelos, “sostenida por el milagro perenne de la voluntad divina, que lejos de fatigarse, crece con su operar.”¹⁶

He mencionado de nuevo la conciencia. Ella es la clave que nos ha de resolver la manera precisa en que hemos de proceder para realizar el tipo de educación que hemos concebido. Vasconcelos sitúa el origen de la vida consciente en la imagen y no en la voluntad porque, arguye él, no puede haber determinación voluntaria sin representación. A la representación sigue, como un proceso más avanzado, la voluntad; de igual suerte es más avanzado el sentimiento de responsabilidad que el raciocinio. Mediante la imagen que tengamos de nosotros mismos y el ambiente que nos rodea entraremos al nuevo reino y mediante la inteligencia habremos de tomar posiciones, dispositivos a fin de que la voluntad logre orientarse. “Los tres criterios tendrán que entrar, desde luego, en acción,” arguye Vasconcelos, “el criterio de la sensación interpretada racionalmente, el criterio de la voluntad aplicada a sus fines y el criterio de la emoción que es primero sensual, luego humana y finalmente divina.”¹⁷

¹⁵ Vasconcelos, *Obras Completas*, Vol. III, *Tratado de Metafísica*, p. 560.

¹⁶ Vasconcelos, *Obras Completas*, Vol. IV, *Todología*, p. 943.

¹⁷ Vasconcelos, *Obras Completas*, Vol. III, *Tratado de Metafísica*, p. 551.